

El oleaje democrático

No son pocos los que ya mascullan contra la democracia, aun antes de que llegue: "Se desataron las ambiciones de los políticos", "miren como se pelean", "vuelven el desorden y la incertidumbre". Es verdad que algunos políticos no han dado precisamente ejemplo de democracia estos días. Pero, quienes así hablan se van haciendo eco, "sin querer queriendo", de la destructiva prédica antidemocrática de estos últimos lustros. Son como aquellos que, durante el éxodo bíblico, comenzaron a murmurar contra Moisés por haberlos sacado de la seguridad de la esclavitud a las vicisitudes de la libertad, en procura de la tierra prometida. "¿Faltaban tumbas en Egipto, para que nos trajeras a morir al desierto? ¿Qué bien nos has hecho al sacarnos de Egipto? ¿No te decíamos, ya en Egipto, 'déjanos tranquilos; nos agrada servir a los egipcios; más vale que los sirvamos a morir en el desierto!?'". (Ex 14, 11).

Algo así sienten hoy algunos en nuestro país. Al hacernos a la mar, comienza ya el oleaje propio de la navegación en democracia. En dictadura, las cosas funcionan, o no funcionan, más simplemente. Hay una estructura piramidal y todo se resuelve —salvo para los "egipcios" que gozan de la libertad del poder— mediante decretos, bandos u operativos que nadie tiene derecho a discutir. Pero el pueblo no es consultado. Sólo tiene que obedecer y trabajar. En democracia, en cambio, todo se torna más difícil, pues hay que **ponerse de acuerdo**. Ella parte del supuesto que los habitantes no son niños u obedientes súbditos, sino ciudadanos con derecho a decir su palabra. Las decisiones, pues, que afectan a la mayoría tienen que ser fruto del consenso, que sólo se logra a través de la búsqueda conjunta de soluciones, del debate, en el que obviamente chocan intereses, posturas diversas, egoísmos e idealismos de todo tipo. ¡Pero eso no es de caos, sino la vida misma! ¿Por qué temer a la discusión, a la confrontación de ideas? Lo importante es el espíritu democrático que debe animar la confrontación, que no es el afán de imposición de lo propio, a cualquier precio, sino la búsqueda del bien común, donde hay hasta que saber renunciar por el bien del otro.

Hacia la libertad

Añorar la presunta eficacia de la dictadura, ante el desorden aparente que producen el debate y la participación ciudadana, es echar de menos la esclavitud de Egipto, por miedo a los vaivenes de la libertad. Incluso a los acostumbrados a la esclavitud, que llegan a decir 'nos agrada servir a la dictadura', hay que ayudarlos a que nazcan como personas libres, capaces de mirar más allá de su alimento y seguridad, y descubrir así, en el encuentro y en la participación libre, el sabor de la creatividad conjunta y de nuestra pertenencia a la familia humana.

No será fácil, claro está, reconstruir la democracia. Si difícil es para una persona llegar a ser libre, más lo es para una sociedad, en la que se conjugan mil libertades que hay que concertar. No será fácil, además, porque ella supone una **voluntad democrática** que, en muchos, sólo existe de los labios para afuera. Los que se han enriquecido y gozado hasta la saciedad, ¿están dispuestos a renunciar a ganancias incluso legítimas para que otros tengan también posibilidades? Los que disfrutaron del poder total, ¿están dispuestos ahora a someterse al mandato de la autoridad suprema, la ciudadanía? Muchos no lo creen. A su vez, los empresarios, los industriales y

grandes comerciantes, ¿creen que es posible entenderse con los trabajadores? En general, no. No confían en ellos. El trauma del marxismo los hace desconfiar hasta de la palabra 'derecho'. Y así, ni se confía de los políticos, ni de los pobladores, ni de los militares, ni —algunos— hasta de la misma Iglesia. Sin embargo, **si no recuperamos una cierta capacidad de creernos, de confiar algo en la palabra del otro, la democracia será ciertamente imposible.** La única manera de empezar a reconocernos, para reecontrarnos como país, es arriesgarnos a confiar en la libertad del otro. Después de los dolorosos años que hemos vivido, casi todos hemos cambiado. ¿Por qué seguir con las caricaturas de antaño? Tampoco hay que asustarse por el rebrote de discusión y desencuentros después de quince años de proscripción política. Ni por los errores que se puedan cometer. Lo importante es descubrir los aspectos de verdad que tiene la postura del otro, para conjugarlos con "mi" verdad e ir construyendo entre todos la casa común.

La democracia comienza por casa

Si la democracia que queremos recuperar no brota de nuestro mismo interior de esa actitud de búsqueda honrada de los acuerdos necesarios, será sólo una cáscara de democracia, que no resistirá el oleaje de sus propios desafíos.

Y siendo éstos tantos, parece increíble el bochornoso espectáculo que ha dado el principal de los partidos políticos de Chile, en el que tantos tienen puestas tantas esperanzas. Sus pugnas internas por el poder, las conductas ciertamente no "cristianas" para imponer posiciones, han ido más allá de las dificultades propias de la democracia y son un contratestimonio muy dañino para todo el país. Si antes de predicar la caridad, uno debe cumplirla, lo mismo sucede con los ideales democráticos. Ese partido, al igual que otros, deben revisar seriamente su composición interna y la formación de sus cuadros, si quieren ser adalides de democracia alguna. La purificación interior es condición previa para invitar a los demás, particularmente a todo un país, a vivir los valores que encierra la democracia. Ella es mucho más que un modo de estructuración social. Es, ante todo, un **espíritu**, que implica un genuino sentido de honradez, de respeto por las posiciones ajenas, cercanas o lejanas, de amor a la verdad que se busca en libertad y en la verdadera solidaridad.

Riesgos y grandeza

Esta crisis interna de la DC y las irresponsables declaraciones recientes del Partido Comunista, no hacen sino afianzar los temores de quienes no creen en la democracia. Con todo, eso no debe paralizar a un proceso de la envergadura del que viene gestándose. El país quiere cambiar de rumbo, y cambiar en orden. Tiene también temor al cambio. ¡Basta mirar a nuestras democracias vecinas! Y estos primeros oleajes pueden hacer a varios volver la vista atrás y añorar la tranquilidad de "Egipto". Eso sería, sin embargo, renunciar a la libertad, con sus riesgos y grandezas, por la pequeña seguridad de un orden mal entendido. Porque el verdadero **orden** social es el que asegura respeto y dignidad para todos, además de participación en la creación de nuevos horizontes y reales posibilidades de progreso. La responsabilidad de los dirigentes es enorme. La historia los juzgará por su capacidad de infundir **confianza** a un pueblo que tanto la necesita en esta hora decisiva.

Mensaje

21 de diciembre de 1988